

La infancia desde lejos: Memorias contrapuestas de niños en el exilio¹

Carla Antonella Cossi
Universidad Nacional de Misiones
carlacossi@gmail.com

Introducción

En este trabajo nos proponemos analizar desde una perspectiva antropológica, las memorias de un grupo de exiliados que residen actualmente en la ciudad de Posadas, en la provincia de Misiones, Argentina; quienes siendo niños, vivieron la experiencia de la persecución, exilio y reorganización en el exterior, de algunos grupos familiares -incluidos el propio- que con infantes fueron expulsados de Paraguay, como resultado del accionar de la dictadura de Alfredo Stroessner (1954-1989). Uno de los regímenes dictatoriales más prolongados en la historia contemporánea del continente americano.

Abordaremos estas memorias a partir de dos perspectivas contrapuestas; por un lado, desde las vivencias que emergen en los testimonios de las personas que siendo niños formaban parte de un hogar que recibía, socorría y ayudaba a escapar del régimen a perseguidos y exiliados políticos; y por otro, desde las vivencias que aparecen en los testimonios de quienes llegaban a estos hogares tras una larga diáspora, y junto a sus familias debían asumir su nueva condición.

Contexto socio-histórico

En el año 1954 en la República del Paraguay, llega a su fin un prolongado período de inestabilidad política que desde 1947 estaba teniendo lugar en el país. Estos años se habían caracterizado por la sucesión de golpes de Estado llevados a cabo por facciones del Partido Colorado o ANR (Asociación Nacional Republicana) y sectores militares afines al mismo.

Detrás de lo que parecía ser un golpe más en el seno del partido, llega al poder el General Alfredo Stroessner, presidente que instaló en Paraguay una de las dictaduras más prolongadas de la historia del continente (1954 – 1989). Este régimen, que estaba organizado en torno a su figura, suprimió las garantías constitucionales, prohibió los partidos políticos y ejerció una dura represión

¹ El presente trabajo está basado en argumentos que forman parte del libro “Memorias familiares del exilio paraguayo”, investigación desarrollada por la autora para la tesis de grado de la licenciatura en Antropología Social de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones, Argentina, 2011.

con el apoyo del Ejército y el Partido Colorado a lo largo de más de tres décadas².

Según el Informe Final de la Comisión de Verdad y Justicia del Paraguay,³ durante este gobierno dictatorial, 20.818 ciudadanos paraguayos debieron salir al exilio, siendo muchos de ellos niños y adolescentes al momento de dejar el país junto a sus padres. Las ciudades argentinas a las que estas personas acudieron en busca de refugio fueron principalmente: Buenos Aires, Clorinda (Formosa) y Posadas (Misiones), lugares en donde muchas se quedaron residiendo para siempre.

Como señala el informe arriba mencionado, a partir de la primera etapa del período stronista, el exilio fue aumentando en masividad, prolongación temporal e irreversibilidad, debido a la prohibición absoluta de retorno al país que pesaba sobre quienes habían sido víctimas del régimen y habían logrado escapar, haciéndose efectiva, por la amenaza de encarcelamiento, tortura y muerte hacia quienes intentasen retornar.

Dicha situación, obligó al colectivo de exiliados a permanecer en numerosos casos, durante más de tres décadas fuera del Paraguay, provocando que tal violación a los derechos humanos se prolongase a las posteriores generaciones, alcanzando a los hijos y nietos de una misma familia nuclear que había sido víctima, y provocando que durante décadas estas personas no pudieran regresar a su país debido a la acusación y/o sospecha que pesaba sobre la pertenencia partidaria familiar de estas personas. A esto se refiere Arellano (2009), cuando menciona que el exilio paraguayo marcó un hito en el derecho internacional, pues por primera vez fue considerado un delito de Lesa Humanidad, en función del agravante que el mismo comete.

Creemos que la reflexión sobre la manera en que la niñez se ve afectada por la persecución política de un régimen dictatorial es sumamente necesaria, pues son los niños la principal razón por la cual los jefes de la familia deciden escapar y es también por ellos, que tras un extenso período en el exilio deciden en numerosos casos no regresar, bajo la idea de no someterlos nuevamente a la experiencia del destierro por la que juntos habían transitado con anterioridad.

Una niñez diferente

Leal Maldonado y Gaitán Muñoz (2007) señalan que el concepto de infancia ha ido cambiando a lo largo del tiempo, y que a partir de los últimos años del siglo XX, se ha prestado mayor atención al estudio del desarrollo de esta etapa de la vida, dando lugar desde la década de los 70', a un cambio

² Entre 1954 y 1967 gobernó bajo la vigencia de la Constitución de 1940, establecida por el General José Félix Estigarribia, y ese último año promulgó una nueva Constitución que permitía su reelección inmediata como presidente por dos períodos más, pero en 1977, una enmienda constitucional estableció la reelección indefinida del cargo de presidente.

³ Comisión de Verdad y Justicia del Paraguay. (2008)

en la concepción que se tenía de los niños, pues dejaron de ser vistos como objetos de protección, para aceptar que son sujetos sociales acreedores de derechos.

En el año 1989, fue aprobada por parte de Naciones Unidas, la Convención sobre los Derechos de los niños y niñas, la cual, reconoció los derechos de ciudadanía que a este colectivo pertenecían, tales como sus derechos sociales, económicos, culturales y políticos. A partir de estas medidas, se les reconoció el protagonismo y la participación en aquellos asuntos que los afectan, dando lugar a una postura diferente, principalmente en lo que se considera el trabajo en la infancia, revisando las concepciones asimétricas de poder y pertenencia, basadas en el interés adulto y reconociendo las capacidades y posibilidades del papel que estos actores desarrollan en la acción social.

Nosotros, al igual que los autores arriba mencionados, entendemos la niñez como *“una realidad socialmente construida, como un espacio temporal de la vida de las personas, en las que el sujeto asume un espacio social definido por el entorno que lo rodea, presentando variaciones históricas, culturalmente determinadas. Es una construcción que comprende un conjunto de mandatos, pautas y normas de conductas que se asocian a la manera de ser niño en un momento concreto de la historia”*.⁴

El grupo de informantes, que colaboró con nuestra investigación a través de los testimonios aportados acerca de distintas experiencias vividas en su infancia, las cuales nos proponemos analizar por medio de la construcción de sus memorias, fueron niños provenientes de familias perseguidas por el stronismo. El mismo podría dividirse en dos: una parte está conformada por hombres y mujeres que al momento del exilio tenían hasta 12 años y transitaron personalmente la experiencia de la persecución a sus familias; mientras que la otra se compone de personas que nacieron cuando sus padres estaban ya en el exilio, pero cuyos testimonios y experiencias son relevantes debido a que sus familias pertenecían a redes que acogían y ayudaban a los exiliados que debían recorrer sus primeros pasos en el exterior luego de haber escapado del régimen. Actualmente todas estas personas residen en la ciudad de Posadas, en la provincia de Misiones en Argentina, tienen entre 50 y 70 años y llegaron al exilio por motivos similares, en diferentes momentos de su infancia.

Pudimos recabar relatos de experiencias muy diferentes, pues algunos de nuestros entrevistados vivieron en persona, la persecución que desencadenó el exilio, incluso tomando un activo rol dentro de esas redes de víctimas de la dictadura, mientras que para otros las experiencias más fuertes las sufrieron al momento de la huída o ya residiendo en Argentina.

Nuestra idea no es generalizar sobre las vivencias de estas personas en tanto colectivo social,

⁴ Leal Maldonado Jesús, Gaitán Muñoz Lourdes (2007) en website:

sino más bien mostrar algunos de los panoramas frente a los cuales debieron actuar estas víctimas durante la persecución política y el exilio de sus familias producto del régimen dictatorial de Alfredo Stroessner, en una etapa especial de sus vidas.

Las historias con las cuales nos encontramos durante el trabajo de campo, nos plantearon una contraposición respecto de lo que comprendían que estaban haciendo durante los períodos claves de persecución y exilio estas dos generaciones (padres e hijos) que componían las familias nucleares perseguidas, pues en sus discursos, quienes eran padres al momento de escapar, destacaban la idea de protección y ocultamiento de la situación de peligro y vulnerabilidad por la que la familia transitaba; mientras que en el discurso de quienes eran niños observamos ciertas experiencias que concuerdan con lo que señalan Leal Maldonado y Gaitán Muñoz (2007), quienes entienden a los niños como un *“grupo social, que actúa y se relacionan con los demás grupos sociales modificando, construyendo y contribuyendo a cambios que se producen en la sociedad, a la vez que también son afectados por ellos de forma diferente a la de los adultos, y semejante a como resultan afectados otros niños muchas veces sin saberlo”*⁵.

“Cuando mi padre fue llevado a Asunción preso, directamente a Tacumbú, yo tenía meses, mi madre en la desesperación, viajó conmigo y se alojó en la casa de mi bisabuela. Un poco porque no tenía con quien dejarme a mí, y otro poco por una cuestión de seguridad de ella misma. Mi padre estuvo cerca de un año preso, en ocasiones los fines de semana cuando había visitas, ella me llevaba a mí en brazos y casi nunca podíamos entrar a verlo, entonces él con sus amigos se apoyaban en la ventana de la celda y ahí miraban hacia la calle en donde estaban todos los familiares de visita, mi mamá me alzaba en brazos, me mostraba a ellos, y mi padre lloraba. Un poco me convertí sin saberlo y sin quererlo ¿no? En la esperanza de esos jóvenes que tenían entre 20 y 25 años, y que estaban prisioneros sin destino cierto.” M.F. 52 años.

No podemos hacer a un lado la idea de que estos relatos fueron recabados después veinte o treinta años de ocurridos los hechos, por lo cual se encuentran atravesados por representaciones que desde el presente estas personas construyen de acuerdo a las posiciones sociales, económicas y culturales que actualmente poseen, diferenciadas a su vez, por las dimensiones, de género, edad y roles que debieron asumir tanto, al interior del grupo familiar como en relación a otros exiliados y al contexto mayor de su nueva residencia.

Si bien conocemos la existencia de una “memoria familiar” que aparece como un bloque homogéneo en el discurso construido por un vocero que porta la palabra autorizada, y que instala su memoria como la de todo el grupo para presentarlo frente al investigador a través de relatos en los que suelen diluirse las conflictividades y las tensiones existentes entre las diferentes versiones de un

⁵ Leal Maldonado Jesús, Gaitán Muñoz Lourdes (2007) en website:

determinado hecho; la narración de estos episodios construidas por quienes eran niños, muchas veces sorteaba esta versión familiar oficial.

Entendemos a los recuerdos de estos niños como “*memorias perforadas*” en términos de Sara Makowski, (2002)⁶ quien considera que las mismas están llenas de agujeros conformados por silencios, ausencias, olvidos y pesares.

Al indagar sobre ciertos hechos claves para nuestra investigación, ocurridos durante la infancia de nuestros informantes, los cuales hasta la actualidad conforman episodios traumáticos para los mismos, como lo fueron las persecuciones, los apresamientos o las huídas de las familias, nos sorprendió la manera en que estas vivencias se nos presentaban en el relato. En la mayoría de los casos, pudimos ver que la infancia antes del exilio se recuerda como un momento en el que estos niños vivían sumamente felices, aunque sabemos que para otros, la situación era totalmente contraria.

“Vivíamos al lado de la casa de mi abuelo paterno, fui creciendo con él. Fue una infancia muy hermosa, muy linda. Porque mi abuelo tenía una casa con un fondo muy grande y en el patio tenía caballos, patos, chanchos de todo... entonces yo me crié en ese ambiente especial para un niño, rodeado de muchos animales y árboles frutales.” M.F. 52 años.

“... mi hermana y mis dos hermanos estaban en una escuela privada en el Paraguay, vivían bien, porque mi papá trabajaba y tenía sus cosas, no nos faltó un vaso de leche hasta que vinimos acá, mi papá decía que pasábamos hambre hasta que conseguía algún trabajo, porque no hablaba nada el castellano y se tuvo que largar a hacer ¡cualquier cosa! Mi papá hasta pozos negros desagotó para darle de comer a sus hijos...” T.V. 53 años.

Si bien conocemos la existencia de una reelaboración de los recuerdos de estas personas, llevada a cabo por dos factores que les ayudaron a completar muchos de los huecos presentes en las memorias de nuestros entrevistados, como ser el tiempo transcurrido -ya que los episodios que nos narran datan de hace más de dos décadas-; como por el conocimiento adquirido a lo largo de sus vidas, acerca de la situación histórica y política que provocó el exilio de sus familias; en el diálogo con ellos, vimos reflejada la manera en que siendo niños vivían y experimentaban ciertas situaciones, de las cuales en ese momento tenían un entendimiento parcial, el cual se contrapone a las ideas que actualmente tienen sus padres⁷ acerca de las capacidades de comprensión que sus hijos podrían haber tenido en la infancia en ese momento, pues esta capacidad muchas veces era subestimada por parte de los mayores, quienes a pesar de los enormes esfuerzos que hacían por esconder tales situaciones, no podían ocultar por completo lo que estaba aconteciendo.

⁶ Sara Makowski (2002,155)

⁷ Muchos de nuestros entrevistados son hijos de personas que han participado con su historia para la investigación del libro de Cossi (2011) Memorias familiares de exilio paraguayo.

“...Hay muchas cosas de las que viví que yo no entendía y recién ahora entiendo... como por ejemplo que se les hizo insostenible quedarse allá... sobre todo a mi mamá en el pueblo... porque en la ciudad vos te podes escabullir más... el monte te protege de ciertas cosas pero cuando te rodean ya no...” A.S. 59 años.

Estos niños poseían una comprensión que si bien no era completa respecto del contexto mayor de lo que ocurría, les era inevitable participar del mismo, pues solían escuchar las conversaciones que se daban en el hogar, presenciaban algunos operativos policiales y militares que en sus hogares ocurrían, así como también, sabían que algo sucedía con parientes cercanos o vecinos, y sentían ese nerviosismo e incomodidad existente en el hogar cuando se sabía que algo iba por ocurrir:

“Me acuerdo de algo que fue muy tajante en mi vida... algo que lo viví en silencio porque tenía seis o siete años y lo viví en silencio porque vi la angustia de mi mamá... no tanto el miedo de mi papá, sino su angustia por el temor de lo que podía sucedernos... no por él, sino por nosotros... por las terribles violaciones a las mujeres que ocurrían y por su papá, que ya era un hombre grande con una posición económica importante, él no quería perjudicarlo... también por eso acató la orden de irse y no se opuso. Entonces yo como hijo y con la edad que tenía, lo único que podía hacer, era presenciar en silencio... recuerdo perfectamente que cuando se exilió... fue un día muy especial... muy dinámico... muy atroz...” M.F. 52 años.

“...A nosotros nos transmitían eso del silencio, los secretos, la clandestinidad... ni siquiera los nombres era algo que se podía decir... me acuerdo que mis papás y sus compañeros se cambiaban de nombre, nadie sabía el verdadero nombre de ellos... tenían sus nombres de código... me di cuenta porque me acuerdo que a mi mamá le decían Adela un tiempo y después Juana... mi papá lo mismo... y así... Para nosotros era todo en secreto también, no podíamos hablar de nada, porque eso nos transmitían nuestros padres... siempre teniendo cuidado, de mirar quiénes se nos acercaban... todo eso... no era a cualquiera que podía llevar a mi casa... Siempre teniendo cuidado ¿no? Por la familia sobre todo... es la vida ¿no? No se podía hablar de más. A.S. 59 años.

“Para nosotros que éramos chicos, esa gente que venía eran parientes... pero después nos enteramos de que eran los compañeros del partido comunista. Porque nosotros no conocíamos a esa gente cuando llegaba, para nosotros eran tíos, les decíamos así... Para nosotros eran nuestros parientes hasta que íbamos tomando noción de las cosas... un poco por escuchar sus conversaciones y otro poco porque nos contaban...quienes eran, que venían a casa porque necesitaban ayuda... y así nos fuimos enterando de a poco nuestra historia...” T.E. 60 años.

Tener niños en las familias dio lugar a una situación ambivalente que nos sorprendió como investigadores, pues si bien, en el grupo familiar era por la seguridad de quienes más se temía y a

quienes bajo más vigilancia y cuidado sometían los mayores, ellos participaban de estrategias de comunicación entre personas que eran perseguidas para persuadir la vigilancia de las fuerzas de seguridad y de los vecinos que podían delatar a los perseguidos que trataban de escapar del régimen.

“Se ocupaba mucho a los chicos... para evitar todo tipo de roces más que nada... yo tenía una tía que colaboraba con los servicios... eso también existía... que vos tenías a tus propios parientes colaborando con Stroessner... ella era chusma y se daba con los comisarios, pero tenía en el pueblo la tienda de ropa para hombres, y mi abuela me mandó a buscar ropa para mi tío que venía corrido y necesitaba. Entonces, cuando le pido me dice... ¡A.S! ¿Esta ropa es para tu papá? Y yo sabía muy bien que no era para mi papá... y me hice de la loca y ella me tenía ahí a las vueltas... no le podía decir que era para el tío Tomasito... ¿si no sabes qué?... Tenía terror de que nos pase algo... Ella me preguntaba por el talle... pero yo interpretaba otra cosa... te imaginás lo que me dio ¿no?... mi papá medía 1,90 y mi tío Tomasito 1,60... una cosa así gigante... Le llevé a mi abuela y de ahí me dijo que me vaya nomás a mi casa... llegamos a la nohecita con la ropa... y así, ese tipo de comunicaciones había.” A.S. 59 años.

Hubo una numerosa cantidad de familias que ayudaron a personas que eran perseguidas, pues era muy común que las víctimas de esta dictadura escapen al monte o al campo para esconderse por algún tiempo hasta que la situación se calme y pudiesen regresar, debido a que era frecuente como procedimiento de las fuerzas de seguridad, la *toma de las casas*. Este procedimiento tenía lugar cuando el perseguido solo, lograba escapar y la policía mantenía secuestrada a toda la familia en su residencia a la espera del sospechoso. Durante estos operativos se registraron numerosas violaciones a los derechos humanos sobre los miembros de estas familias a las cuales mantenían secuestradas, como hechos de torturas, violaciones sexuales a mujeres y niñas, hostigamientos físicos y psicológicos, robos, e incluso la destrucción total de las casas en aquellos casos en que la familia completa lograba escapar.

“Venía gente a mi casa a dormir, lo que quiere decir que mi padre era de una familia respetada, que no estaba tildado como opositor, entonces recuerdo que las chicas venían a dormir para que no sean “violentadas” a la noche en sus casas... ¿Te podés imaginar? la mentalidad de un pueblo que duerme con miedo de que alguien te venga a violar, a saquear... yo también recuerdo que íbamos a dormir en el monte, cada tanto... cuando había movimientos fuertes ¡íbamos a dormir en el monte! Toda la familia junta, llevábamos nuestras cositas de oro que teníamos, llevábamos todo junto, las cosas que tenían más valor y dormíamos en el monte, acurrucaditos con nuestros padres. ¿Cómo estaría la mente de ese niño o de ese joven en esos momentos, incluso de esos padres? Durmiendo como animales en el monte...” A.Z. 63 años.

Frente a este tipo de experiencias que no eran normales ni frecuentes para estas familias antes de la persecución de la dictadura, episodios tales como las huídas y el hospedaje de gente extraña a estos niños en sus hogares; los adultos debían dar algún tipo de explicación a sus hijos. En la mayoría de los casos, quienes daban asilo a los perseguidos, habían tenido que esconderse con anterioridad, por lo cual muchos de estos niños conocían en persona estas experiencias, sin embargo no siempre eran los padres quienes explicaban los motivos de esta situación a los niños, sino que también era frecuente que los propios huéspedes se encargaban de tal tarea.

“Dentro de los compañeros clandestinos había hombres muy cultos, se ve que eran profesores... Una vez me acuerdo que nos juntaron a los cuatro hermanos, nos leyeron cuentos y después nos explicaron por qué ellos estaban así escondidos. Nos decían que era por la injusticia, porque ellos ayudaban y defendían a esos chicos que no tenían para comer... era como una forma de enseñarnos... por eso yo siempre digo que desde los cinco años comencé a militar...” A.S. 59 años.

“Nosotros entendíamos que la guerra fría consistía en matar seres pensantes... yo recuerdo que era muy niña y le decía a mi padre: ¿quiénes son los comunistas, papá?... preguntaba porque solía escuchar que éramos tildados como comunistas, todos los que nos oponíamos al régimen éramos comunistas supuestamente, y yo le preguntaba a mi padre, porque no entendía lo que significaba el comunismo ¿no? Y él me decía: no hija, no existe, se les dice comunista a la gente inteligente. A los seres más pensantes que por ahí decían: ¡no, esto no está bien! Y con eso ya éramos todos comunistas... Pero ¡ni siquiera se sabía qué significaba el comunismo! ... Ya te digo, mi padre nos decía: comunista es ser inteligente, entonces todos queríamos ser comunistas ¡porque queríamos ser inteligentes!” A.Z. 63 años.

En el relato de estas personas los colores son un componente fundamental, principalmente el verde, el rojo y el azul aparecen constantemente debido a que los niños aprendían a asignar a las personas a uno u otro grupo según el color que vestían.

“Yo por ejemplo no podía ver el color verde en una persona, a mí me daban ganas de matarlos... porque claro... los policías se vestían de verde... y ese fue un trauma que tuve mucho tiempo.” A.S. 59 años.

“Mi abuela se vestía toda de azul porque era liberal, es más, yo nunca le vi a mi abuela con ropa que no sea azul... una pañoleta de color azul usaba siempre. Cuando yo me iba a la casa de mi abuela a visitarle mi mamá me compraba todos los vestiditos lindos azules, y me decía... llevá este, porque a tu abuela le va a gustar que vos te vistas de azul. ¡No te vayas con esta ropa roja!” E.S. 56 años.

“Por cualquier cosa te perseguían... si vos llevabas un pañuelo azul por el cuello ya te

llevaban... vos tenías que tener pañuelos colorados permanentemente o ropa roja, al que tenía se le miraba muy bien... el que no tenía o tenía algo azul ya era para sospechar... No se podía trabajar ni nada si no eras colorado". F.M. 69 años.

Los niños desempeñaban un papel muy importante dentro de estas redes de hogares que ofrecían asilo a los perseguidos, sus tareas no solo se reducían a la de mensajeros, sino que también eran los encargados de abastecer de comida, bebida e incluso a veces medicinas a quienes estaban en los montes, además de dar las señales necesarias en el caso de que no pudieran acercarse a la casa por la visita de algún familiar o el acercamiento de alguna fuerza.

"... A mí me habían enseñado a tirar algo blanco arriba de la casa cuando había visitas, como una señal. Entonces iba afuera y como jugando ¡puc! Tiraba algo blanco arriba del techo y después me iba a dormir... con eso ya sabían que no podían llegar a la casa. Cuando en muchos días no podían, porque había gente, ellos se quedaban en el monte yo iba y sin verlos, les hablaba... siempre así como jugando... Les decía acá traigo algo... les explicaba por qué no podían llegar a casa y les dejaba en una alcantarilla agua y casi siempre maní y mandioca que era lo que teníamos y lo que era más rápido para llevar. Mi mamá me hacía un paquete con un plato y un mantelito y ahí les llevaba maní, ese en grano, con agua y mandioca... para eso no había horario... Igual con el tema de la medicina, se arreglaban con lo que había... Por ejemplo... el tupper no existía... nosotros teníamos una olla o las bateas de madera que nos hacía papá... los porongos también usábamos, los cortábamos, igual eso mucho tiempo no duraba... una necesidad pasaba esa gente... de noche muchas veces no dormían porque caminaban, porque iban de un lugar a otro, no se quedaban mucho tiempo en un mismo lugar, mi casa era uno de esos puntos, había un régimen establecido de dónde a dónde debían ir... yo principalmente pasaba mensajes... siempre así, como jugando iba y ¡papapapa! Tampoco sabíamos cuando esa gente iba a llegar... solo a través de esos golpes que hacían nos avisaban cuando ya estaban... ellos se organizaban, se hacían conocer por los perros... la forma de ladrar... todos aprendíamos todo..." A.S. 59 años.

"Lo mismo que con la radio, en aquella época se escuchaba radio Moscú... entonces a eso de las 10 de la noche por ahí se empezaba a escuchar un programa, que era un argentino el que transmitía... era Radio Moscú, pero transmitido en castellano. Y venían caminando del monte todos los compañeros y yo que también quería escuchar... pero tenía que quedarme de campana por si algún vecino o alguien se arrimaba a la casa... teníamos vecinos a 500 metros más o menos... entonces ante cualquier movimiento yo avisaba... golpeando algo... siempre como jugando..." A.S. 59 años.

Los episodios de intervención en estas casas eran muy frecuentes, en la mayoría de los relatos, estas personas recuerdan la manera en que se llevaban a cabo estos operativos. Estos hechos

suelen ser también las partes centrales del relato, en una narración llena de detalles, cargadas de emociones, en la que el odio, la indignación y la impotencia ocupan un lugar central. No debemos pasar por alto que para el año 1962, el 65% de la población del país pertenecía a zonas rurales, por lo cual los poblados también eran pequeños y el contacto entre sus habitantes era mucho mayor que en las ciudades más grandes, siendo muy frecuente que quienes realizaban los operativos conocían a los miembros de las familias que eran intervenidas:

“...Una vez vino la policía a mi casa y le dijo a mi papá: -Vengo a revisar su casa porque usted aquí siempre recibe gente para dar refugio, tenemos órdenes de revisar su casa. Y entre ellos había gente de la milicia que mi hermana, por ahí yendo al baile conocía y ella les decía: ¡¿pero Fulano, cómo vos vas a venir a querer revisar nuestra casa?! ¡Si nos conocés bien qué tipo de gente somos! ¡No, no es porque queremos! Le decía él. Y recuerdo que le tironearon a mi padre y le sacaron afuera y se metieron en casa. Y mi madre que era más fuerte y más altanera, ahí empezó realmente a retarlos, a tratarlos mal, a decirles que era una falta de respeto lo que estaban haciendo... porque no podíamos hablar de leyes, por ejemplo, de atropello al domicilio... porque esas cosas no existían. Cuando se venía en nombre de la Organización Nacional ¡famosa! Nadie tenía voto, ni ley que nombrar, menos derecho a decir no quiero, porque entonces eras realmente acribillado o sacrificado. Es así de simple con la dictadura en Paraguay... A.Z. 63 años.

A las familias que eran perseguidas se les hacía muy difícil sostenerse económicamente, debido al sistemático pedido de sobornos y la apropiación de bienes, entre otros delitos contra la propiedad que debían enfrentar:

“...Cuando mi papá vendía chanchos por ejemplo... tenía que desaparecer porque si no venían y te llevaban toda la plata... entonces la gente preguntaba... y siempre decíamos lo mismo: “él se fue a trabajar a tal parte... la mano está dura acá”. Si no se escapaba por el tema político, se escapaba por el tema económico porque le llevaban preso y le sacaban la plata. Entonces para tener algo, era todo un tema... además había que ayudar a esta gente perseguida también.” A.S. 59 años.

“...Me acuerdo de vivir dos o tres años con mis primas y mis tías hasta que edificaron la casa y ahí se trasladaron. Me acuerdo que nunca pasamos necesidad, que nos las arreglábamos como podíamos, yo no sé como alcanzaba para todos... No sé, era raro... porque estar viviendo con los parientes tanto tiempo...” E.S. 56 años.

Pudimos recoger algunos testimonios sobre la manera en que se enseñaba y se explicaba a los niños que no debían hablar de lo que ocurría en sus casas, y que tenían la obligación de controlar a los hermanos menores, para que no develen que en sus hogares se refugiaban perseguidos, además de hacerles entender que era peligroso entablar cualquier tipo de relación con extraños.

“...Yo tuve más conciencia cuando mi tío “T.C.” cayó preso y se escapó, ahí mi padre decide afiliarse al partido comunista y afiliarse en serio... y yo ya sabía que el papel de los niños era importante... sobre todo porque sabía de cosas que pasaban en otros lugares... como que la policía agarraba a los niños a preguntar... por eso nosotros estábamos enseñados... Yo era la más grande y tenía una hermana que era de más charleta... entonces a mi me instruyeron para que le cuide a ella, que no le deje hablar.” A.S. 59 años.

Las maneras en que la enseñanza de estas reglas que contribuían a la seguridad del grupo, solían transmitirse a los más pequeños por medio de historias contadas en las familias que conjugaban hechos reales de graves violaciones a los derechos humanos de las cuales hay numerosos testimonios de su existencia, como lo son las torturas, asesinatos y secuestros, mezcladas con cierta narrativa mitológica. Estas historias eran transmitida por los adultos, y a su vez comentadas por los propios niños entre pares, por lo cual, en algunas resulta complicado -más allá de que no es nuestra intención hacerlo- separar la parte fantástica, de los hechos reales.

“Cuando yo escuché que el hijo de don “P.F.” le salvó la vida al padre, ahí tomé más conciencia de mi papel... porque dice que la policía le llamó al nene, le tomó al hijo y le preguntaron si a su casa iba gente, si llevaban libros para leer... Porque con eso nomás ya podían involucrarles... ¡No! mi papá no sabe leer le dijo... ¡que pucha! Si don “P.F.” se leía todo... Hubo una gran masacre después de eso ahí donde yo vivía...yo al tiempo fui y pregunté por esos chicos... ellos se habían vuelto locos me dijeron... ¿Qué les habrán hecho no?” A.S. 59 años.

“...Y te puedo dar el ejemplo más atroz y sanguinario de lo que escuché... parece que andaba recorriendo los montes un chico uruguayo, perdido totalmente por supuesto, porque no era su ambiente, su lugar, él era un idealista que acompañó al grupo y lo encuentran... Al encontrarlo le preguntan qué estaba haciendo. –Yo ando recorriendo el monte- le dice. – ¡No! vos sos de la partida de estos y le dice -¿quién te da refugio? Lo primero que preguntaban era eso, para poder indagar en la casa donde podía haberse quedado ¿no? Y le dice: -En ningún lado, yo ando recorriendo el monte como puedo. Realmente con un sentido muy fuerte el hombre, ¿no? Y le dicen: - ¡no! tenés que haber tenido un lugar donde hayas estado, para que te den de comer, para que... Y él le dice: -No, yo sobrevivo en el monte como puedo. – ¿y qué comés entonces? Le dicen. – Y por ejemplo frutas silvestres, algunas raíces, les decía el chico, ¿no? ¡Gente joven! ... apepú para alimentarme. (que es una naranja agria del monte, silvestre) -Ver para creer- le dice a un ayudante el General que lo interrogaba, y le hace abrir el estómago así, vivo, y dicen que realmente se encontró el apepú en el estómago del chico...” A.Z. 63 años.

“...Nos decían que secuestraban muchos chicos, y que era para que Stroessner se bañara en la sangre de ellos... y por eso desaparecían... una vuelta íbamos a pié y apareció un doctor en

una camioneta y nos preguntó por una casa... nosotros le indicamos y el doctor dijo: - a la vuelta le llevamos en auto... ¡nosotros metimos pata! y corrimos hasta un lugar el lugar en el monte que entramos y descansamos... todas esas cosas vivimos... el miedo ¿no? Allá nunca veíamos autos y de pronto así... ¡no queríamos saber nada!” A.S. 59 años.

El destierro para un niño

Sabemos que no hay dos experiencias de exilio iguales, y que esta violación a los derechos humanos afecta a todos los grupos etarios por igual, pero de diferentes maneras y con diferentes implicancias. Como delito de Lesa Humanidad, conforma un tipo de crimen muy complejo, ya que sus afectaciones concomitantes no solo tienen que ver con el derecho de residencia y tránsito dentro del país de procedencia, sino que ese derecho se ve violado durante cada uno de los días que se vive en un país que no es el propio e incumbe no solo a la persona que fue hostigada sino también, a todo el círculo que rodea a esta persona, dentro de los que se encuentran la familia, los amigos, los vecinos, etc.

“En el último tiempo a mí me mandaron a la secundaria en Coronel Oviedo primero con mi abuela alquilamos una casa... y ese año yo solo volví 3 veces al campo... no me dejaban volver... mi mamá me decía yo voy a venir todos los fines de semana y mi papá venía cada tanto... para protegerme sobre todo de las violaciones que eran terribles... y cada vez que venían contaban que fulano cayó preso o tal cayó preso... y así todos iban cayendo. En mayo de ese año mi tía vendió su casa... y nosotros íbamos a comprar una casa en Oviedo... y la cosa se puso tan fea que hasta mi abuela decidió vender también y escapar con nosotros. A.S. 59 años.

Creemos que los argumentos dados en el apartado anterior, nos muestran solo una parte de la dureza de la vida en la clandestinidad, y que la solidaridad que los ayudó a resistir en su país no fue suficiente ante tanto terror.

Podemos afirmar que al llegar el hostigamiento a cierto punto en el que los derechos ciudadanos y la dignidad de las personas; su libertad de pensamiento, opinión y expresión; el respeto a sus opciones políticas e ideológicas; y su posibilidad de obtener trabajo sin ser obligadas a adherirse a un partido o régimen de gobierno, son desconocidos y alterados de modo tan violento, que llegan a comprometer la vida propia y la del entorno, a estas víctimas solo les queda el destierro como opción. Un destierro que muchas veces toma tintes de “decisión propia” en defensa de sus íntimas convicciones, y en otras es expresada como la obligación de cumplir la orden de escapar que finalmente llegó después de tanta violencia.

“...Nosotros en abril pudimos salir, por lo papeles que tuvimos que hacer tardamos... Y así

nomás salimos... no trajimos nada... yo decía ¿qué hacemos con tal cosa? ¡regálale a fulano! Decía mi mamá, ¿Y las vacas? todo... ese ternero para fulano... o sea que nos echaron... de un día para el otro... Estuvimos a punto de caramelo... a los 7 días nos dijeron que llegaron al campo en esos Jeep y un camión Jaula a buscarnos a toda la familia porque cayó preso uno de los que venían a casa a quedarse... porque anteriormente no había como comprobar que en casa se refugiaba gente... hasta que nos delataron en las torturas... y por eso estamos en el archivo del terror... La casa iba a quedar para una tía, decí que no llegó a venir a la casa porque no tenía plata para la mudanza porque si no, le iban a agarrar también. Muchos cayeron... y uno vive como con esa culpa... Nosotros vinimos con unas ollitas, la ropa puesta y una máquina de coser que al final no pudimos hacer pasar... toda una historia. Cruzamos por lancha, pero legalmente... porque salimos a tiempo.” A.S. 59 años.

Las personas menos comprometidas políticamente o, con una mejor posición económica, en general tuvieron un tiempo mayor para realizar los preparativos del viaje, entonces no hablan de huida sino de “salida” y hacen referencia a los preparativos previos, las condiciones adversas para quedarse en su país y las pérdidas materiales:

“A mi papá lo llevaron arrestado de la casa de mi abuelo a la comisaría, ahí le informaron con una orden tajante, que mi viejo tenía 24 horas para abandonar Encarnación so pena de ser muerto. Le tuvieron unas largas horas preso. Desde ahí mi mamá y la familia en general, se empezó a movilizar. Primero supongo que avisaron en el colegio católico donde enseñaba, y de ahí trascendió la noticia, todo el mundo se enteró y vino a solidarizarse y a estar con él, a protegerlo porque sino, lo iban a matar. Desde temprano en la casa de mi abuelo comenzó el trajinar de ir y venir de gente, muchas personas, sobre todo de la iglesia, hasta el obispo estuvo en hablando y viendo que había por hacer... se que tuvieron contactos con el grupo político pero no hubo caso, fueron totalmente intransigentes. Entonces se decidió que papá venga a Posadas... porque sus hermanos ya estaban acá, y era la única posibilidad que tenía de seguir adelante (...)salimos acompañados con alrededor de cien personas de la casa caminando por el medio de la calle, mi papá iba en el medio conmigo y mi mamá, nos hicieron como una muralla humana, delante de todos iba el obispo de Encarnación... Mi abuelo materno había contratado una lancha para que le lleve solo a mi papá hasta Posadas, recuerdo que exactamente a las 6 de la tarde subió el a la lancha y vino a Posadas nosotros nos quedamos allá... después, muy bien no me acuerdo cuando fue que vinimos a vivir acá. Generalmente los fines de semana siempre cruzábamos. Recuerdo que la venida definitiva fue especial, supongo que fue a fines del 67, fue como uno de esos tantos fines de semana en los que veníamos, pero esa vez trajimos más valijas que de costumbre. Vinimos llenos de valijas... y de esa vez ya no volvimos. M.F. 52 años.

“Mi padre huyó con lo puesto, se vino solo, nosotros no sabíamos dónde estaba... después vino mi madre, y mis tres hermanas quedaron en Encarnación con una tía. El problema es que la más chiquita no tenía documentos y era muy arriesgado intentar sacarle del Paraguay... hasta que mi tía arregló con el lanchero y... les cruzó a Posadas a las tres... la mas chiquita vino escondida en el maletero de la lancha.” T.V. 53 años.

La ruptura de los vínculos tras la huida, fue diferente según el caso, y el tiempo que tuvieron para organizar la salida del país. Muchos debieron escapar sin que se supiera qué suerte habían corrido, y volver a establecer la comunicación sin correr riesgos era complicado. En estos casos los niños también jugaron un importante papel para dar aviso a los que continuaban estando en Paraguay, que las familias habían podido huir del país y se encontraban a salvo.

“...Mi papá después era buscado por los servicios de inteligencia, le dijeron a su hermano que nos habían agarrado... ¡Sí!, que estábamos presos en Asunción... y mi hermana más chica le escribió una carta a mi tío diciéndole que papá se había operado de hemorroides... y era mentira... esa carta les avisó que estábamos en Argentina. Esa carta se despachó a Nueva Londres y de ahí se llevó a Valleí a caballo... lo que habrá tardado ¿no?... Pero cuando recibieron se pusieron tan contentos de que era mentira que estábamos en Asunción... que terrible el trabajo psicológico que se les hacía hasta los parientes ¿no?... Porque estos tíos no militaban... solo mi papá lo hacía...” A.S. 59 años.

Una nueva vida

Muchas de las personas que refugiaban a perseguidos cuando estaban aún en Paraguay, una vez que salían al exilio debían recurrir a diferentes redes en busca de ayuda. Las redes de exiliados eran muy amplias y gran parte de los que huían tenían algún familiar tras la frontera a quien acudir, y en caso de no existir tal posibilidad, se recurría a gente del mismo partido político o a la explicación acerca de largas cadenas de relaciones que justifiquen tal pedido de ayuda.

“En casa vivíamos esa situación de que venían muchos compañeros y se instalaban, le dábamos un albergue... no mucha cantidad de gente venían de a dos o de a tres... pero continuamente se estaba renovando la gente que circulaba digamos y que venían corridos de allá de Paraguay”. T.E. 60 años.

“Llegó a casa un tipo barbudo, desaliñado, con los cordones de los zapatos desatados... nosotras éramos señoritas... y ese tipo ahí, conversando con mi papá... después de un rato largo de charla, mi papá entró a la casa y nos dijo: es el sobrino de Adela, una vecina mía allá en Villarrica, viene corrido y se queda unos días en casa, recíbanlo. Y nosotros ya sabíamos, ¿no?

Que había que ofrecerle baño, ropa limpia, una cama y comida. Atenderlo como una visita importante, aunque uno sabía que venía corrido como habíamos llegado nosotros unos años antes pero... si venía corrido del Paraguay, aunque nos quejáramos, cuando mi papá decía: se queda; no había nada más que hablar” F.B. 66 años.

El número de exiliados que llegaban en busca de ayuda era muy importante y las experiencias de los niños en algunos casos fueron realmente contrastantes con el relato de las experiencias de sus padres:

“Cuando vinimos a Posadas, mis padres habrán sufrido una angustia terrible, por no tener trabajo, por no saber qué hacer, vivir en casa ajena, en una sola pieza los cinco. Para mí eso se transformó en una aventura. Con siete años, para mí era todo nuevo, vivía como una aventura increíble el día a día, un cambio de hábitat, todo nuevo, todo lindo, es como una contraposición a lo que estaban viviendo ellos, porque tenía escuela y amigos nuevos, cosas nuevas, me encuentro con todo esto que yo nunca había visto, y enseguida eso opacó todo lo otro que habíamos pasado allá.” M.F. 52 años.

En otros casos la readaptación de los niños fue muy difícil, algunos tenían grandes traumas producto de las persecuciones y otros nunca se adaptaron a la vida en otro país y a la vez, el miedo provocado por lo que habían vivido previamente al destierro los colocó en una situación ambigua, pues no querían volver, pero tampoco encontraban su lugar en la nueva sociedad en la que vivían.

“Acá ni punto de comparación, yo vine con un nivel de educación muy bajo... me quería morir cuando ingresé a segundo año acá... quería empezar en la primaria pero no podía volver... mis papeles fueron a Buenos Aires primero y un año perdí... me llevé 8 materias el primer año... la adaptación me costó muchísimo por la militancia que yo tenía... a mí me costaba hablar... solo lo preciso hablaba, incluso en un momento me volví tartamuda... de tanta presión que tenía, por las cosas de más que yo había visto... además cuidaba a mis hermanitos de que no hablen de más”. A.S. 59 años.

La experiencia de los niños que vivían en estos hogares de refugio varía según el aspecto de la cotidianidad que se indague, si bien se habla en la totalidad de los casos de una etapa en la que existía mucha solidaridad y se compartían gratos momentos, el constante ir y venir de gente en los hogares muchas veces provocaba en los miembros de las familias malestares y angustias.

“...Era raro, pero siempre estábamos contentas porque estábamos con mis primas, siempre reunidas, siempre hablando... para mí es un lindo recuerdo... pero llegó un tiempo que a mi mamá le molestó... cuando falleció mi papa, se escondió de todos los parientes, no vino más nadie... todo cerrado... como que ella aguantó todo ese tiempo y cuando falleció mi papá se terminó todo capaz es porque le trae malos recuerdo andá a saber ¿no?” E.S. 56 años.

“... De que vos ibas a decir: ahorro y me compro tal cosa, ¡no! Todo lo que entraba en la casa, fuera poco o mucho, se gastaba, se ayudaba, se compartía, no se... años pasaban hasta que un día medio con culpa, medio no sintiéndote del todo bien, te comprabas alguna cosita, ¡pavada! para vos misma, parecía que no tenía sentido, que era muy egoísta pensar en vos solamente, con tanta necesidad, con tanta gente que tenía lo puesto... uno sentía culpa de... de pensar un poquito en uno mismo...” T.V. 53 años.

En muchos casos, el idioma era algo muy importante entre los niños, manejar el guaraní era fundamental para sentirse parte de ese grupo dentro del hogar de refugio.

“Para que nosotros no entiendiéramos, nuestros primos hablaban en guaraní, nosotros aprendíamos como si nada... escuchábamos todas las conversaciones de nuestros padres también... me cuesta un poco hablarlo, pero entiendo al escuchar... y pensar que no me enseñaron ni nada... aprendí en la casa de mi abuelo... porque mis primos si no entendíamos nos criticaban, no querían jugar o hablaban mal de nosotras o nos cargaban y aprendíamos para no quedar atrás... Se hablaba mucho en guaraní... principalmente cuestiones políticas y chismerío.” E.S. 56 años.

Las experiencias traumáticas vividas, según nuestros informantes les han dejado muchas huellas, las que más se nombran son el miedo y el odio, así como otras secuelas psicológicas.

“Yo por lo que pasé odio tanto mi hija... hasta hoy no puedo entender, como mi mente no lo puede aliviar... hasta hoy... el ver un policía por ejemplo... odio ver las botas, odio ver la fuerza, me conmueve muchísimo ver por ejemplo gente que muere, porque yo te vuelvo a decir: solo el ser humano es capaz de tanta atrocidad... sólo el ser humano...” A.Z. 63 años.

“A la noche yo escucho cosas... me acuerdo de los golpes, las señales... me acuerdo de que me habían enseñado como escuchar si vienen los caballos o los autos tirándome a la tierra... colocando los oídos en la tierra... y así... sueño cosas que hacía, cosas que vi o cosas que aprendí de las que no me puedo olvidar...” A.S. 59 años.

Los hijos de los exiliados, son herederos de una memoria del horror. Nacieron donde no se suponía que fueran a nacer, porque no se suponía que sus padres fueran a salir al exilio. Por ello, se esfuerzan por recoger los fragmentos de sus historias familiares y por reconstruir así una memoria que les permita librarse de un sentimiento frecuente de culpabilidad, por no estar a la altura del sufrimiento de sus padres idealizados y heroizados o, rechazados y despreciados.

“No recuerdo la cara de mi padre cuando subió a la lancha pero sí sé que desde ese momento cada vez más anhelaba a su Paraguay... en su música, cuando cantaba, cuando hablaba... se le nublaban los ojos como a mí. Entonces pienso que desde ese momento lo mataron un poco.” M.F. 52 años.

Según la CVJ⁸ “los niños exiliados o nacidos en el exilio sufren una profunda fragmentación interna debido a su pertenencia y socialización en el seno de una familia, que se encuentra lejos de su tierra, y por lo tanto imparte pautas culturales también deslocalizadas, a través de la comida, la música, el idioma, la religiosidad”

“No sé... esto que yo te estoy diciendo son cosas que estoy armando un poco ahora... nunca me he puesto a analizar, nunca me he puesto a armar este rompecabezas... porque de por sí, seguí mi vida y siempre fue acá... y lo que evidentemente, entre las cosas importantes que hacía mi viejo era llevarnos a Paraguay, para que ver con que no perdiéramos nuestras raíces, nuestra cultura, nuestro idioma, nuestras costumbres. Porque fue una cosa de a ver... creo que me habrán mandado durante 14 años a Villa Rica, después seguimos yendo pero no como antes, porque ¿viste? a cierta edad ya no te manejan. Pero fueron muchos años... y además allá te ibas y no hacías absolutamente nada, era todo juego, era todo vincularse, era todo estar ahí, era mucho tiempo para estar ahí...” F.B. 66 años.

Sabemos que el exilio trasciende y se perpetúa, en forma directa en una condena a los hijos y los nietos de las víctimas, a lo largo de tres generaciones que no logran dejar de ser extranjeros, aunque sean argentinos por nacimiento.

“A nosotros allá, en broma nomás nuestros tíos nos decían los sobrinos curepí⁹, porque éramos argentinos, pero era más de cargada que de discriminación, si sabían que nosotros éramos paraguayos, que vivíamos en Argentina... Incluso yo cuando me preguntan digo que soy paraguaya aunque desde los cinco años viva acá”. M.S. 66 años.

Estas personas debieron aceptar con el tiempo que su condición de exiliados sería para siempre. Muchos de sus padres como afirma Cossi (2011) trataron de mantenerse en un tiempo de espera pero el régimen fue tan duradero que muchos murieron sin haber vuelto a ver la democracia en Paraguay. Rebolledo y Acuña (1999), señalan que el exiliado no se percibe a sí mismo como un migrante, sino como alguien obligado a vivir lejos de los suyos porque su proyecto político fue derrotado. Por tanto, viven a la expectativa de que esta situación cambie en un lapso breve, es por ello que el exilio es recordado como un tiempo de espera, un “estar con la maleta lista para partir”. Mientras sus hijos vivían la mayor parte de sus vidas en el exilio sin estar dispuestos a regresar, porque sentirían el mismo destierro que sintieron sus padres al tener que huir.

“Nosotros ya no queríamos saber nada de volver... teníamos nuestras cosas, nuestro trabajo estable jamás pensamos en volver.” E.S. 56 años.

⁸ Comisión de Verdad y Justicia Del Paraguay (2008, Tomo I, Pág. 61)

⁹ Voz local que refiere a los argentinos.

Reflexiones preliminares

A lo largo de este trabajo nos propusimos analizar la manera en que la niñez se ve afectada por la persecución política de un régimen dictatorial. Lo creímos importante debido a que la vida de estos niños fue una de las prioridades por las cuales las familias debieron salir de su país, y también fue por ellos, que en un gran número de casos decidieron no regresar.

Intentamos demostrar que los niños ocupaban un lugar importante en las memorias de estas familias, y que con su conocimiento limitado no estaban aislados de las cuestiones políticas que afectaban a su entorno e incluso colaboraban desde su lugar, ayudando junto a sus familias a quienes se encontraban en la clandestinidad.

También pudimos ver que el exilio, si bien los afectó en menor medida que a sus padres por la inocencia propia de la niñez y por los grandes esfuerzos que los mayores hacían para mantenerlos al margen de lo que sucedía, les provocó una fragmentación interna debido a que el seno del grupo dentro del cual se encontraban, estaba deslocalizado y necesitaron readaptarse a la sociedad Argentina en donde continúa residiendo más de cuatro décadas después.

Para estas personas la idea del regreso debió ser abandonada, debido al devenir propio de la vida, pues con el tiempo estos niños crecieron convirtiéndose en padres y abuelos cada vez más ligados al suelo que los cobijó.

BIBLIOGRAFÍA

Arellano, Diana (2009) *“Del post-conflicto a la transición a la democracia en Paraguay. Rituales de reconciliación”*. En: Actas de la RAM (Reunión de Antropología del Mercosur), Buenos Aires, Argentina.

Comisión de Verdad y Justicia del Paraguay. (2008) Informe final. Anive haguã oiko. Asunción.

Cossi, Carla Antonella (2011) Memorias Familiares del exilio paraguayo. Dirección de Verdad Justicia y Reparación de la Defensoría del Pueblo. Asunción, Paraguay.

Leal Maldonado Jesús, Gaitán Muñoz Lourdes (2007) Presentación de curso: Experto en políticas sociales de infancia. U.C.M. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Madrid, España. En website: <http://www.ucm.es/info/polinfan/presentacion.html>

MAKOWSKI, Sara. (2002) *“Entre la bruma de la memoria. Trauma, sujeto y narración”*. En: Perfiles Latinoamericanos. Diciembre, año/vol. 10. Número 021. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Distrito Federal, México. Pp. 143-158.

REBOLLEDO, Loreto y ACUÑA, María Elena. (1999) “El exilio y el retorno en la experiencia de hombres y mujeres chilenos: del recuerdo individual a la memoria colectiva”. En: Proyecto DID núm. 314/1999, Universidad de Chile. En web Site: http://gupea.ub.gu.se/bitstream/2077/3219/1/anales_3-4_rebolledo_acuna.pdf

Entrevistados:

Ángela Sánchez - Miguel Ángel Maluf - Teresa Riveros - Ahissa Céspedes - Leopoldina Lekie - Estela Maris Sosa - Fulvia Bordón - Guillermo Maerker - Marta Civils